

El cazador y el cazado

La lluvia caía en una llovizna muda, apagando todo el resto del ruido. Las gotas tamborileaban en el techo, creando un ruido incesante de golpeteo. Corrían por las ventanas en riachuelos, difuminando las luces traseras de los autos que pasaban a toda velocidad. Era otra noche deprimente, gris y ominosa. El sol ya se había puesto, despertando los letreros de neón parpadeantes y las luces de la calle de su sueño, y sumergiendo la pequeña plaza en luz artificial. El zumbido de la pistola de tatuaje y el parloteo de las noticias en canal ocho eran los únicos sonidos que acompañaban a la tranquila lluvia. Manos expertas hacían un trabajo rápido de la cruz adornada que ahora se graba en el bíceps superior del hombre sentado en la silla de cuero negro.

“Este es el duodécimo cuerpo en los últimos seis meses. Jimena Rodríguez fue vista por última vez en su lugar de trabajo hace tres días. Su novio había reportado su desaparición poco después, cuando Rodríguez no apareció para su cita nocturna”. El presentador de noticias parloteaba en el fondo. *“El cuerpo de Rodríguez fue encontrado atado y amordazado al costado del Río Grande, con las manos posicionadas para apuntar hacia el cielo. En el momento de su descubrimiento, los corredores dijeron que la sombra proyectada por los brazos se parecía a una esfera de sol que decía mediodía. La causa de la muerte fue ...”*

“Sería cuidadoso si fuera tú. Te pareces a ella”, dijo el hombre en la silla.

La cabeza de la mujer se inclinó hacia arriba para encontrar su mirada, el movimiento causó que un mechón de pelo cayera frente a sus ojos desde su lugar detrás de la oreja. El hombre asintió con la cabeza hacia el pequeño televisor en la esquina de la sala. Los ojos de la mujer se movieron hacia la pantalla, pero las manos nunca detuvieron su tarea mientras

continuaba pegando con cinta el material cuadrado en la parte superior de la piel recién entintada. La pantalla mostraba la imagen de una chica delgada de veintitantos años que sonreía alegremente, su cabello negro cortado al estilo duende enmarcando los pómulos altos, y el tatuaje de una serpiente saliendo de debajo del dobladillo de su camisa.

El presentador de noticias proporcionaba comentarios adicionales. *“Las doce víctimas del Asesino del Dial del Sol, incluida la recientemente encontrada Jimena Rodríguez, eran mujeres de veintitantos años con el pelo corto y negro, una contextura delgada, al menos un piercing y al menos un tatuaje. La Policía Federal insta encarecidamente a todas las mujeres que se ajusten a este perfil a ser extremadamente vigilante y a nunca ir a ningún lado solas, especialmente en los estacionamientos y ...”*

“No me gustaría que mi tatuadora favorita desapareciera ahora”, bromeó el hombre con una sonrisa mientras se ponía la chaqueta.

Se quitó los guantes de látex y soltó una risita bajo su aliente. “Estoy seguro de que volveré a verte muy pronto, Manuel”.

“Cuídate, Luz”. Se detuvo en la puerta con cortinas. “Y lo digo en serio. Ten cuidado, ¿de acuerdo?” Luz asintió con la cabeza para indicar su comprensión y levantó la mano en señal de despedida. La televisión zumbó mientras limpiaba su estación de trabajo y se preparaba para su próxima cita. Un suave golpe la sacó de su ensueño. Giró la cabeza y vio a un hombre alto con una gabardina negra que oscurecía la entrada, un paraguas mojado que dejaba caer gotas de lluvia sobre el suelo de baldosas.

“Me apetece verte de nuevo, Ángel”, dijo con una sonrisa suave, haciéndole señas hacia el asiento de cuero. El hombre simplemente le dio una leve inclinación de la cabeza a cambio. Se quitó el abrigo húmedo y lo colgó en el gancho al lado de la puerta, dejando su paraguas para

apoyarse contra la pared. Antes de sentarse, se desabrochó el cinturón y se quitó los pantalones, permaneciendo solo en sus bóxers. Sin decir una palabra, extendió las piernas a cada lado de la silla y giró la cara hacia la ventana, siguiendo los rastros líquidos con los ojos.

Luz se colocó sus largos flequillos detrás de la oreja y preparó la tinta negra. Ella estaba acostumbrada a este tratamiento silencioso. Ángelo era cliente habitual de ella. Había empezado a verla hace aproximadamente seis meses y en cada sesión recibía el mismo tatuaje exacto. Era un hombre muy taciturno y hablaba poco para comenzar, siempre iba directo al grano. Después de la tercera sesión, dejó de hablar por completo. Después de todo, Luz ya sabía lo que quería cada vez y a ambas partes no les gustaban las conversaciones triviales.

“La Policía Federal cree que el perpetrador de estos asesinatos atroces, apodado el Asesino del Dial del Sol por residentes locales, es un hombre atractivo en los treinta años con una complexión atlética. Los investigadores dicen que él sería respetable y encantador”.

Con dedos azules de látex, Luz enrolló el dobladillo de los calzoncillos del hombre para revelar tinta negra en forma de talón marcado en un músculo tonificado. Levantando las mangas de su camisa, mostrando sus antebrazos entintados, ató la tinta negra a su pistola de tatuaje. Cuando el zumbido familiar le entró en los oídos, presionó la punta de la aguja en la piel del hombre. Observó cómo la piel aceitunada se oscurecía mientras trazaba un camino con la pistola, la aguja entraba y salía de los poros de su muslo, dejando una línea oscura a su paso. Como de costumbre, una vez que se completó la marca individual, el hombre se puso la ropa, bajó la cabeza en señal de despedida y salió de la sala en silencio. Todo el evento tomó menos de cinco minutos.

“La Policía Federal cree que las víctimas anteriores fueron sustitutos de la mujer real que provocó la ira del Asesino del Dial del Sol. Ahora que las doce posiciones de la esfera solar

se han agotado, los investigadores creen que el decimotercer objetivo será la persona que el asesino realmente ha estado persiguiendo todo este tiempo. Creen que su juego final es ...”

Luz apagó la televisión y procedió a limpiar su estación. Ángelo era su último paciente por la noche, por lo que decidió irse a casa temprano y dejó a su compañero de trabajo, Carlos, para que se encargara de las visitas. Sus pensamientos estaban confundidos y se llenaban de las conversaciones anteriores de la noche. *Ten cuidado*. Saliendo por la puerta de atrás, salió a la noche húmeda. *Te pareces a ella*. Todavía estaba lloviendo levemente, así que trotó hacia su auto, con las manos sobre su cabeza para evitar que la lluvia caiga de sus ojos. *Trece*. Ella hurgó en su bolso para sus llaves, parpadeando para mantener el agua de los ojos. *Ten cuidado; te pareces a ella; trece*. Ella hizo una pausa. Miró hacia el salón de tatuaje, el letrero de neón que decía “Polvo y huesos” parpadeando hacia ella. *Trece*. Ángelo. Sus cuentas – contaron hasta trece. Rápidamente buscó a tientas en su bolso su teléfono. Mientras lo sacaba, ya no sentía gotas de lluvia en su cara. Miró hacia arriba – y vio el borde de un paraguas. *Ten cuidado- te de pareces a ella- trece*. Todo se volvió negro.

La parte de atrás de la cabeza le dolía. Trató de tocar la cabeza, pero descubrió que no podía mover los brazos. Ella abrió los ojos en finas rendijas. La luz brilló dolorosamente y ella rápidamente los cerró. Trató de abrirlos de nuevo, esta vez soportando el dolor que el brillo traía. Miró hacia abajo – y vio que tenía las muñecas atadas a los brazos de una silla con una cuerda negra. Después de la investigación adicional, se dio cuenta de que sus piernas también estaban atadas. Luchó contra sus ataduras, tratando de probar su rigidez. Apenas podía torcer sus muñecas.

“Bien, está despierta, Luciana”, dijo una voz fuertemente acentuada en un sonido bajo. Luz levantó la cabeza para mirar al hombre sentado casualmente frente a ella. Tenía un tobillo apoyado en la rodilla y juntó las manos al regazo mientras se sentaba con la espalda recta contra de la silla. Él era la imagen de la sofisticación.

“No tienes derecho a llamarme por mi nombre completo. Mi nombre es Luz. ¿Qué está pasando aquí, Ángelo?” Luz gruñó.

Ángelo se inclinó hacia adelante. “Parecía estar actuando más cautelosamente, más sospechosamente. Sospeché que ibas a llamar a la policía. Simplemente no podría permitir que revelara mi secreto, Luciana”. Su voz era suave, y sus palabras sin prisa, como si estuviera hablando con un animal asustado.

Luz tomó aliento para calmarse. Se sentó directamente en su silla e hizo que su rostro se fuera en blanco. “Ángelo, no tengo idea de qué secreto estás hablando. E independientemente de lo que este secreto es, mis clientes provienen de una variedad de antecedentes y nunca involucraría a la policía en el negocio de mis clientes”.

“Luciana. Somos personas inteligentes. No juguemos a este juego”. Su voz no tenía indicios de enojo. De hecho, estaba desprovisto de cualquier emoción en absoluto. “No quiero herirte. Me disculpo por el trato rudo, pero no estaba seguro de si cooperaría o no. Simplemente quiero hacer un intercambio. Un secreto tuyo por un secreto mío. ¿No te parece justo?”

Luz arqueó una ceja. “¿Y qué secreto sería eso?”

“Un secreto de igual peso. Un seguro de destrucción mutua, puede llamarlo”. Ángelo sonrió disculpándose. “Como se puede imaginar, un hombre de mi posición no puede permitirse tener un secreto como ese revelado al público”.

Luz suspiró. “Ángelo, como te dije, no sé de qué secreto estás hablando”.

Ángelo frunció el ceño con desagrado. “Luciana, no haga esto más difícil de lo que tenga que ser”. Luz permaneció en silencio. Él suspiró. “Bien, ¿necesita que confirme sus sospechas verbalmente? Sí, esas marcas indican mi recuento de cadáveres”. Él esperó a ver su expresión, pero se mantuvo estoica.

Él continuó. “Indican la cantidad de hombres con los que me he acostado. Como Obispo, y como hombre casado con hijos, esta información sería desastrosa no solo para mi familia, sino también para mi carrera y mi iglesia. Rompí mi voto de celibato, pero el hecho de que mis parejas fueran todos hombres sería mi muerte literal. Usted sabe tan bien como yo lo intolerante que es esta ciudad hacia los homosexuales. Sería asesinado y tirado en el Río Grande, al igual que esas chicas pobres asesinadas por ese Asesino del Dial del Sol”. Luz sonrió al oír eso, lo que hizo que Ángel rompiera su compostura. “¿Cree que esto es cómico?” Él gruñó enojado. “Estas marcas son mi penitencia. Un recordatorio constante de mis pecados que solo yo veré. Ahora entiendo por qué necesito saber un secreto tuyo que es igualmente dañino. Aunque, dudo que tenga uno tan destructivo, si tiene algo de valor, lo aceptaré. Es simplemente un seguro, ¿ve?”

Los ojos de Luz se iluminaron con un fuego divertido. “Oh, Ángel, tu secreto no es tan destructivo como el mío”.

Ángelo arrugó las cejas en la confusión. “La conozco, Luciana. Es una buena chica, así que lo dudo mucho. Sin embargo, continúe”.

Una sonrisa se extendió de una oreja a la otra, los dientes brillando maliciosamente en la luz. Los ojos brillaron con sed de sangre y una suave risa resonó por toda la sala. Siete palabras cayeron de los labios de Luz.

“Soy el Asesino del Dial del Sol”.